

 Maria Barbal  
A mi amigo escocés



# A mi amigo escocés

Maria  
Barbal

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1455

Título original en catalán: *A l'amic escocès*

© Maria Barbal, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

Primera edición: enero de 2019

La traducción de esta obra ha contado  
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut  
ramon llull**  
**Lengua y cultura catalanas**

ISBN: 978-84-233-5500-6  
Depósito legal: B. 28.546-2018  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre  
de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su  
incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier  
forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia,  
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.  
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito  
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si  
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar  
con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en  
el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I	9
Letra	17
Hermanos	21
Brazos	29
Sastrería Enrich	33
Calle Pamplona	43
Itinerancia	51
Días que parecen años	59
Trabajo y más trabajo	67
La lluvia, siempre la lluvia	73
Una carta	77
Guerra	81
Rojo	83
Blanco	87
Verde	91
Azul	95
Blanco y rojo	99
Negro	109
Chica	121
1	123
2	129
3	133
4	139
5	141

6	145
7	151
II	157
Voces. Miradas	159
Calamanda	161
Pere	173
Benet padre	177
Pia	183
Joan	187
Veva	195
Tío Antoni	203
Encarnació	211
Elvira	219
Soñando despierta	221
Rosas y espinas	225
Tú estás conmigo	231
<i>Minairons</i>	235
Filigrana	239
«Perdona a tu pueblo»	245
Trenzando despedidas	249
Benet	253
Luz	255
Compañía	259
Familia	263
Pasos	267
Vergüenza	273
Deudas	279
Amistad	283
Romanticismo	287
III	291
Epílogo	293

*Éramos tan jóvenes que nos dijimos adiós para siempre.*

*En la época en que nos conocimos yo estaba furioso con aquella guerra, con aquel desastre, con aquella España, y, aunque no sabía más que unas pocas palabras en castellano, solo me servían para maldecir. Imaginadme tal y como era: veintitrés años, musculoso, de estatura más bien baja, la piel tostada, pelirrojo y farfullando un discurso incomprensible. Para huir de mí a escape, vaya. El pobre Benet, que se encontraba a mi lado y no podía hablar, escuchaba, como si el culpable fuera él, la serie de errores que yo, en mi español inepto, había detectado en el ejército republicano. ¿Por qué no le dije directamente que había perdido a todos mis compañeros del grupo de británicos del batallón Lincoln, la XV B. I., la que se había integrado en la 15.<sup>a</sup> división, a la que lo habían asignado a él?*

*La cuestión fue que, después de una noche difícil, cuando hice una pausa en mi desvarío, mi compañero de ambulancia, destinado después al mismo hospital base que yo y a la misma sala, llamémosla olla de grillos número uno, estaba el pobre blanco como la pared y con una expresión desencajada. ¡Todavía no sabía yo ni cómo se llamaba!*

*Habíamos llegado a última hora de la tarde, el hospital estaba a oscuras, la cena, servida. Antes de irnos a dormir nos trajeron un chusco y un vaso de agua a cada uno. En la sala se oían ruidos diversos, algún grito, gemidos, y también car-*

cajadas, conversaciones. Algunos debían de estar a punto de recibir destino en el frente y tal vez por eso se les aceleraban las ganas de armar jaleo, para olvidarlo. Y, mientras os lo imagináis, me llevo la mano a la nuca. Os aseguro que la herida que tenía era como si llevara clavado un badil que hurgaba en el agujero. Me dolía mucho la cabeza, pero al menos no me acababan de insultar como a Benet. Imaginaos: resulta que el camillero de la ambulancia era un chaval de su pueblo y, cuando se reconocieron y Benet intentó decirle algo sin conseguirlo, el chaval se echó a reír diciendo que entendía que no quisiera volver al frente. El soldadito en cuestión tenía manchas redondas en la piel y os juro que parecía un perro dálmata. ¡Caray, qué listo! ¡Naturalmente que no quería volver al frente! ¿Quién iba a querer ir a la muerte y al dolor? Pero ¡de ahí a fingir que era mudo delante de un vecino del pueblo...! Me quedé con ganas de partirle los morros de un bofetón, aunque Benet todavía no significaba nada para mí.

Pues, a lo que iba, nos recibieron con un triste chusco. Yo estaba muerto de hambre, como casi siempre, pero Benet apenas podía tragar los mordisquillos que daba, tenía toda la boca afectada, como si fuera de corcho. Me ofreció un trozo del suyo y yo, por pundonor, le dije que no, que ni hablar. ¡Ojo! ¡No es que le hiciera ascos! Os juro que me habría zampado cuatro chuscos mordisqueados como el suyo, pero ¡cada uno es cada uno! Así que os podéis imaginar la pinta que teníamos: la cabeza vendada; él, por un lado, yo, por el opuesto; yo por la nuca; sucios los dos, cansados y, sobre todo, desesperados.

Al día siguiente recorrimos juntos los pasillos del hospital, perdidos, nadie nos hacía caso, no sabíamos cuándo nos atenderían. Nadie entendía que Benet, además de la herida de la cabeza, intentaba articular palabras y no lo conseguía. Al escaso personal que trabajaba allí no le daba tiempo a fijarse, había casos mucho más cruentos. Él se había quedado incommunicado. Tal vez la persona idónea para entender su silen-

*cio, el peso de su angustia, fuera un extranjero como yo, que no sabía nada más que diez frases en español y que estaba a punto de estallar.*

*Me parecía que los soldados ingresados en el hospital base estaban tan sonados que me inculcaron la idea de que los mejores del país habían desaparecido. Así se lo dije a mi compañero. De día, la expresión de Benet era de alerta, como si en cualquier momento fuera a caer otra lluvia de fuego y notara que se le cegaban los ojos con un líquido, y entonces se llevara la mano allí y se le llenara de sangre. En aquel momento yo no sabía cómo había sido el bombardeo. Mis palabras debían de restregarle el dolor; pero, por lo visto, yo era incapaz de dejar de refunfuñar. Estaba convencido de que a los voluntarios internacionales nos despreciaban, de que era una situación injusta y deprimente para todos. Pregonaba que no veía el momento de volver a Escocia, de irme de España. Preveía cuál sería el final de la guerra. Todo me daba asco, ¡Ay, con qué zoquete furibundo se tuvo que encontrar Benet!*

*Por suerte para mí, cuando ya creía que me iba a volver loco, me metieron en una ambulancia, en la que me encontré con otros voluntarios extranjeros. Recuerdo la despedida. No hacía ni cuatro días que nos conocíamos y, al verle la cara, supe que se sentía abandonado. Supongo que, por haber resultado heridos los dos en la zona de Gandesa y llegar juntos en ambulancia desde el refugio en el que nos habían hecho las primeras curas, nos había unido la compañía silenciosa que nos habíamos procurado mientras nadie nos prestaba la menor atención. Cuando nos dimos un apretón de manos, le brillaban los ojos y cerró la boca de una manera que se me agolpó toda la sangre en el pecho. Di media vuelta inmediatamente para montar en el vehículo. Contemplad la espalda que tenía entonces, maciza, vestida de uniforme, las axilas mojadas de sudor; ved cómo pasaba a toda prisa, impulsada por las piernas, hacia la ambulancia. Sabido es que la nuca no tiene boca para hablar ni sonreír, menos aún si está vendada.*



*Me había apuntado voluntario porque las ideas comunistas me parecían convincentes y para perder de vista a mi padre. Ahora tengo la impresión de que, al deseo de ser útil a una causa justa, se sumaba también la sed de aventura. Me fui de Edimburgo sin avisar a la familia, era un tanto bruto. A estas alturas ya os habréis dado cuenta.*

*Después de la mala experiencia en el hospital base, Vila-boi fue un espacio en el que recuperé la salud y la tranquilidad. El hospital ocupaba una casa noble de una familia que se había enriquecido en Cuba. La atención médica era profesional y el ambiente, amable; veinticuatro horas después, cuando estaba en la habitación de doce camas en la que me instalaron, vi entrar a mi amigo mudo. Sobraron las palabras cuando nos dimos el apretón de manos que nos reunió.*

*Pasé quince días allí y nos hicimos inseparables. Al final, con gran esfuerzo, Benet empezaba a articular sílabas y algunas palabras. Poco a poco, el índice y el pulgar de su mano derecha recuperaban la normalidad. Solíamos pasear juntos. Él llevaba un cuaderno con dibujos y cosas escritas; dibujaba como podía las palmeras y los árboles del jardín. A veces escribía una palabra en el papel y me la enseñaba. Yo me defendía en un castellano precario, pero lo importante nos lo decíamos con gestos y miradas. Me invitaba a tabaco porque veía que fumaba más que él, pero yo lo rechazaba a menudo. La tos me mataba por las mañanas y siempre me levantaba de mal humor. El médico de Vilaboi dio con el remedio para mi estado de nervios. En mi historial constaba que, después de tantas muertes, me había resistido a levantarme, que había desobedecido y había dado muestras de agresividad en las primeras curas de la herida de metralla en el cuello. Había exigido la repatriación. En aquella época iba de mal en peor, indefectiblemente. Como decía, allí me tranquilicé. A Benet le pronosticaron que recuperaría el habla. Me propuse no volver a hablarle de lo que pensaba de la guerra y de los mandos. A él le quedaba todavía mucha guerra por delante. Me daba cuenta de cómo le afectaban las noticias de la situa-*

*ción en el frente. Además, yo contaba con pocas palabras para darme a entender y ninguna para matizar.*

*Como es lógico, Benet podía haber muerto en la guerra, a veces me lo imaginaba. Y yo, en la Segunda Guerra Mundial, como se temía él cuando se acordaba de mí. De lo que estaba casi seguro era de que, después de ingresar en Vilaboi, cuando él mejorase y volviera a hablar y recuperase la sensibilidad que había perdido en la mano, lo mandarían otra vez al frente. Otras posibilidades: tanto él como yo podíamos haber muerto después de las guerras en cualquier otra circunstancia. O, sencillamente, que no nos hubiéramos vuelto a ver nunca más.*

*Ahora podría decir maravillas de mi yo joven, pero, la verdad, me veo como un golfo fatuo y rabioso. Sin haber terminado de crecer, había sufrido, había visto morir como nunca, había tenido miedo y me creía superior a los españoles por el mero hecho de ser escocés. Por eso no voy a decir nada bueno de mí en aquella época. Aunque era muy idealista en algunos aspectos, mejor que ahora.*

*Entonces ya intuía virtudes infrecuentes en Benet. La generosidad, la paciencia. La manera de soportar la mudez, con solo la tristeza de sus ojos y con las palabras que, como filas de hormigas, llenaban su cuaderno al lado de los dibujos, y que me habría gustado leer y entender. ¿Quién iba a imaginar que, muchos años después, volvería a ver aquellos papeles, cuando ya serían amarillos?*

Letra

Finales de septiembre del año decimotercero del siglo veinte. Llegó en otoño, cuando el calor amaina y se acortan los días. La casa de sus padres debía de ser acogedora, cálida y alegre: un niño, el primer hijo de Benet y Pia. Le pusieron el nombre del padre.

Darí­a los primeros pasos en la plaza de Dalt y la calle del Mig de Riublanc. Al abrigo de las casas encontrarí­a su madre resguardo para ponerlo al sol evitando los momentos en que el viento se precipita desde las alturas como un demonio soplador. ¿Quién sabe lo que pasa cuando una persona nace en un sitio de dimensiones gigantes? El Montsent, la montaña que ampara al pueblo por la parte del valle, sobrepasa los 2.800 metros de altura; enfrente está el pico del Orri. El río Noguera Pallaresa es de tamaño mediano, sus aguas vienen de las nieves pirenaicas saltando, inquietas, entre granito y pizarra; y además estaba el torrente, que cada dos por tres inundaba los huertos de los alrededores del pueblo. El cielo. ¿Cuándo levanta un niño los ojos por primera vez hacia los límites visibles de su mundo?

Con el tiempo, Benet irá a la escuela, pero antes ya habrá tenido amigos entre la chiquillería del pueblo. Juegos poco didácticos, sin juguetes. Cazar gatos a pedradas, robar fruta verde de los huertos, subir al castillo, jugar al escondite, llamar a las puertas y echar a correr. Meter los

pies en el torrente y practicar la puntería con grandes piedras planas, afiladas, fragmentos de losas, pizarra gris, casi negra. Más adelante irá también al río, donde el ruido del agua lo domina todo, se sobrepone a la voz como una mantilla de malla cerrada; aparece de pronto y marea con su rugido hasta anular el sentido del oído cuando uno se acerca. Con ramas de chopo, barcas y látigos, el verde de las hojas, el de los prados de hierba para el ganado, el verde de los brotes de jabonera, el de las ortigas, los verdes zarcillos del jazmín de monte, los altos tallos de la amapola real, la hierba adormidera, coronados de rosa, malva o blanco, el azafrán silvestre entre los zapatos, pegado a las suelas, el diente de león, un universo variado, conocido y, por eso mismo, apenas visible, que más tarde recordará desde lejos con un dolor salvaje. Un mundo casi no hollado por el hombre ni la mujer, triunfante todavía por encima de la vida humana, una naturaleza que es preciso reverenciar y de cuyos excesos hay que protegerse: aludes, riadas, tormentas, vendavales, sol ardiente. Es pequeño en un universo que se da a conocer como un aliento envolvente, más aún que el de sus padres y vecinos. Los primeros cuentos hablan de la osa que acecha a los pobres, dueños de prados en las alturas de la montaña, y le meten en el cuerpo la herencia de los humildes, la que le corresponde, gigante, revestida de un pelaje pardo y unas zarpas con unas garras como cuchillos.

# Hermanos

Poco después, cuando empezaba a tenerse en pie, llegó una niña, la nena; se la presentaron diciendo que era su hermanita. No le ponen Pia, ni Rosa, ni Carme, ni Joana. La bautizan con el nombre de Genoveva. ¡Qué largo! Fue un capricho que se permitió la madre. Cuando era joven, Pia conoció a una señora guapa, elegante y educada en Barcelona, que la deslumbró, y se llamaba Genoveva. Y así, de alguna manera, orientaría el destino de la hija. La nena sería inteligente, guapa y elegante en grado sumo. Demasiadas cualidades para tener un destino parecido al de la mayoría. Pero Genoveva, no. En casa la llamarán nena o Veva. Será la principal amiga de Benet, su primera compañera de juegos, aunque lo haya destrozado de una humilde silla de mimbre; además, pronto serán dos los destronados.

La madre sabe leer y escribir y, siguiendo la recomendación de un *hermano*<sup>1</sup> que da clases en el convento cercano al río, suscribirá a los niños a la revista *En Patufet*. La nena y él se pelearán por ella cada vez que la reciban.

—¡Me pido primer!

—¡No, yo primer!

Los dos hacen caligrafía, letras como caracoles. Po-

1. En castellano en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

quito a poco se inflan las os como la concha de rayitas amarillas, rosas y azules del caracol de montaña. Las eles y la bes se alzan como remos de almadiero y caracolillas blancas. Las íes, sin embargo, se alargan como los cuernos del caracol común, con su puntito, el ojo múltiple, arriba del todo. No ha visto todavía conchas nacaradas, con los colores del arcoíris que descubrirá en el cielo.

En el otro lado de la plaza, enfrente de su casa, viven unos tíos suyos. Él es hermano del padre, ella, hermana de la madre. Joan y Bepeta. Joan, el primer primo, también estará en la pandilla de amigos de Benet. Pero tiene más primos en Riublanc. Podría decirse que el pueblo es una gran familia que le da seguridad. El padre trabaja donde puede. Es hijo de la numerosa prole de los Obrador de Reniu, ocho hermanos, la niña murió poco después de nacer, y es el segundo, no posee tierras ni ganado, solamente dos brazos y una cabeza serena. Casi no sabe leer ni escribir, pero sabe hablar y contar cosas con gracia; hombres y mujeres lo rodean en corro y se ríen; algunas cacarean con voz aguda, como gallinas que reclaman la atención del gallo. Al final, el padre de Benet encuentra trabajo de peón en Obras Públicas. Se inicia una época llevadera. Un día el tío Josep les regala un perro que es su mejor juguete, le sigue por doquier. En la escuela, Veva y él compiten entre los primeros. El párroco captará a Benet de monaguillo y el chico lo hará bien. No tarda en aprender la misa y los oficios. Un día el párroco le dice a la madre:

—Si Benet fuera al seminario ¡sería un gran rector!

A principios de otoño se celebra una fiesta anual que su padre no se pierde por nada del mundo. Es costumbre que los hombres suban a pie la cuesta de la ermita de San Miguel con burros, mulas, yeguas y caballos, y allí se celebra la romería de esa jornada. El 29 de septiembre suele refrescar, pero si no llueve todavía los acompañará el buen tiempo. Salen temprano, van andando en paralelo

a la corriente del río Noguera y, si levantan la mirada hacia la otra margen, divisan el bosque. Nada más cruzar el puente se tuerce a la derecha y, después de subir un buen rato, la pandilla de Benet hará una parada en Reniu, el pueblo de sus abuelos. La abuela se pone loca de contenta. No para de repetir: «¡Jesús, mis pequeños!», ni de recorrer la cocina de un lado a otro ofreciéndoles algo de comer y de beber para agasajarlos. Esta buena mujer, que ha parido ocho hijos, siete niños, todos sanos y salvos, es de temperamento servicial y bondadoso. La larga mesa ya está puesta cuando llegan. La luz lo inunda todo; la comida y la bebida, los platos, los cubiertos, las servilletas y el mantel son pinceladas de color que cubren la noble madera de nogal. Las voces de los hermanos se cruzan unas con otras, y las de sus mujeres. Los pequeños alternan la curiosidad con saltos y carreras por la escalera, y Benet en medio de todo, aspirando el olor del fuego y de la comida.

Entretanto, en casa, la nena y él recibirán a un hermano, al que llamarán Pere. Poco después terminan las obras de la carretera paralela al río Noguera Pallaresa y, si su padre quiere seguir trabajando en Obras Públicas, tiene que ir a la Noguera, el pueblo más grande de la comarca. Aunque Pia tiene casa en Riublanc por ser la primogénita y, por tanto la heredera, la cierra y sigue al marido, con los hijos, a un tercer y último piso, un espacio reducido de tres dormitorios, lavabo con bañera, una cocina pequeña y una despensa. Uno de los dormitorios es oscuro, completamente interior, pero las demás habitaciones son luminosas y están aireadas; en invierno es frío y en verano parece un horno. Al lado, como en Riublanc, también hay una plaza de tierra, y es tan grande que a Benet le parece un descampado.

En la Noguera echa mucho de menos a sus primos. Aquí, la montaña que protegía su pueblo desde la cima más alta se ha convertido en una cordillera maciza y no



muy lejana. La ve desde la azotea e intuye la semejanza con una enorme lagartija durmiente. El río clamoroso que saltaba entre rocas inmóviles se vuelve aquí manso como una alfombra. La gran presa le ha frenado el ímpetu y las compuertas regulan su transformación en electricidad. Los dos hermanos todavía tienen tiempo para ir a la escuela y aprenderán, leerán, harán sumas, restas y multiplicaciones. Dividirán. Son buenos estudiantes, escriben más deprisa, hacen una letra mediana, les han enseñado a inclinarla hacia la derecha. Ahora parecen caracolitas preciosas. La eme, tumbada; la ene y la uve, desmochadas; la ele y la be, rectas. Al principio están un tanto perdidos en el pueblo, pero poco a poco Veva y él se hacen con unos cuantos amigos y amigas. Sus primos se han quedado en Riublanc esperando que vuelvan, sobre todo Joan, y Pepe en Reniu. Por San Miguel procuran ir todos a la romería sea como sea. Si no fueran, a los abuelos les sabría mal. Pere todavía es pequeño, pero Benet habla entusiasmado con Veva del viaje.

Benet tiene la cara redonda, pero está delgado y fuerte de cuerpo. Si fuera más alto dominaría completamente a los de su hornada. Tiene castaños los ojos y el pelo. Los de sus hermanos son verdes, como los del padre. Es el mayor, a él le caen las regañinas más severas. Veva es rubia y clara de piel, muy guapa y, sobre todo, no deja que nadie le toque las narices ni le tome el pelo, es más lista que el hambre. En la Noguera, la madre pierde la paciencia con los dos a menudo. Ha dejado casa y pueblo por seguir a su marido, ha dejado a su hermana, con la que se lleva de maravilla; ¡ay, Bepeta!, ha vendido los conejos y las gallinas y ha abandonado el huerto. No le gusta la Noguera. Benet padre tiene que quedarse a dormir en los pueblos en los que trabaja, dondequiera que construyan caminos, tiendan conducciones de agua o pavimenten la carretera. A veces pasa muchos días sin verlo y el sábado, cuando llega reventado y sucio, le lleva un

montón de ropa para lavar y no tiene ganas de hacer nada de la casa, de llevarla a dar un paseo ni de saber nada de las diabluras de sus hijos. Por suerte el niño, el mocosito, es su ojito derecho. No sabe si podría resistirlo sin Pere, sin los cuadernos escolares de los dos mayores. Los lee sin falta, y también la hoja del calendario. Cada día un consejo, una enseñanza, una oración, una receta. Las vecinas le parecen necias y chismosas.

Benet se mantiene entre los primeros de la clase, aprende deprisa, como su hermana. Hay entre ellos una rivalidad alegre. Pero, cuando no entienden algo, a Veva le da la risa, mientras que a Benet se le queda la mirada fija y la expresión tensa. Piensa y repiensa. Durante la semana no le gusta ser «el hombre de la casa», «mi esperanza», como dice su madre, siempre cargada con el pequeño en brazos, a quien le da un beso en la mejilla. Le gustaría que el padre estuviera siempre cerca, cortando las frecuentes quejas y llantinas de Pia. Le gustaría que estuviera por allí diciendo lo que había que hacer. Tomando decisiones.

Atender, pensar, oír, callar. Hasta que un día no puede resistir más el peso de las palabras y sale de casa disparado, se escapa. A menudo se va al río, al sitio en el que fueron a bañarse el primer domingo nada más llegar, todos juntos, riéndose con alegría. Hasta la madre sonreía con las bromas del padre, que los salpicaba, y Benet fue el único que se mojó entero. Ahora, el único refugio es esfumarse. Callejea por la Noguera, si es lunes hay un gran mercado y siempre se encuentran muchos cafés y el Pabellón, un local en el que hacen espectáculos de revista. Oyó decir a unos hombres que allí cantaban chicas guapas, bastante escotadas, pero también hay cine. Imágenes en movimiento mientras alguien toca el piano. El cine le hará reír y llorar, lo alejará de su madre, de su padre y de todo lo cercano, y, cuando salga a la calle después de vivir muchas aventuras en la sala, creará que es

huérfano, libre. Le gusta ir a la escuela, sobre todo el dibujo y las matemáticas, y la lectura, aunque estudien en castellano. No entiende que, si todos hablan catalán, los libros sean en castellano y los maestros también les hablen en castellano, algunos con dificultad. Lo dice en casa y su padre le responde:

—¿Sabes lo que es una dictadura?

La nena salta antes que nadie.

—¡Yo no!

Él ya se lo ha oído decir a su padre y no abre la boca, empieza a calcular las ventajas de callarse.

—¡La que dicta dura!

El padre suelta una carcajada después de responder y la nena termina riéndose, pero Benet sabe que su hermana no lo ha entendido. La verdad es que él tampoco lo entiende muy bien. Porque sabe lo que es dictar, y duro es lo contrario de blando, pero cree que su padre no se lo sabe explicar y disimula con la broma las preguntas que podrían hacerle a continuación. El padre se ha levantado. Irá al dormitorio a cambiarse de ropa. La madre correrá tras él, rogándole que vuelva pronto, recordándole que el aceite se ha terminado, refunfuñando por tanta ropa sucia, lamentándose de haberlo acompañado a la Nogueira. Benet no sabe si su padre ha oído esto último, porque ha salido embalado escalera abajo, como un cohete, y ella se lo ha dicho desde el rellano, apoyada en la barandilla. En cambio, seguro que algunos vecinos lo han oído y la madre volverá a quejarse porque dice que hay una bruja que deja la puerta abierta para oírlos y, cuando se la encuentra, la mira como riéndose de ella.

La nena y él se esconden, porque ya saben que, después de cerrar la puerta, Pia rompe a llorar, y los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se meten entre el lavadero y la barandilla de la azotea, donde se forma un rincón desde el que se ven la calle y la plaza; y allá arriba, a lo lejos, el gran macizo del Montsec. La hermana lo

miraba mientras contenían la respiración y la madre echaba un vistazo a la azotea desde la puerta del pequeño comedor, que está al lado del recibidor, que se encuentra nada más pasar el rellano desde el que le ha lanzado el reproche. Un instante después, cuando la mujer se va por el pasillo hacia el lavabo, la cocina y los dormitorios –Pere duerme la siesta en uno de ellos–, rompen los dos a reír porque, después de llorar, la han oído decir:

–¿Dónde coño se han metido estos dos críos? ¡Me vais a volver loca entre todos!

Ahora ya son mayores y salen solos a la calle. Veva ha dicho desde el pasillo que van a jugar, mientras el hermano sostiene abierta la puerta, y han bajado como potrillos, corriendo y saltando escalones antes de cada rellano, y en el portal, a un paso de la calle, ella le dice:

–¿Vamos a llamar a los timbres, Benet?

Él la sigue sin responder. Piensa en su madre, que estará llorando a moco tendido y, aunque se le habrá pasado cuando vuelvan, les guardará algo parecido al rencor. También piensa que su padre podría decirle dónde va cuando sale, decírselo cada vez, y también el tiempo que tardará en volver. De mayor le gustaría ser como su padre, desenvuelto, con una palabra siempre a punto para cortar una conversación enojosa. Hacer reír contando anécdotas. No tiene ganas de llamar a los timbres y convence a su hermana para ir al río a practicar la puntería con piedras.

Le parece que los días y los meses pasan rápidamente, y los años, más aún. Se encuentra bien en la Noguera, ya es todo un mozo, ha aprendido mucho y no le apetece jugar con su hermana, solo cuando la ve apagada o si no se le ocurre nada mejor que hacer. Su hermana también ha dado un estirón e, igual que él, se lo pasa bien leyendo y aprendiendo, y tiene amigas. Ahora el pueblo grande les gusta mucho a los dos y apenas se acuerdan de Riublanc. Benet ya no es monaguillo y en la academia en la

que sigue estudiando todos son profesores, no hay curas. Pere ya se maneja por su cuenta, incordia continuamente a su hermano mayor y a su hermana porque quiere jugar. El padre gana más y, gracias al don que tiene para mandar y cortar conversaciones, lo han ascendido a capataz. La que sigue igual, como si el tiempo la hubiera encerrado en el mismo punto, es la madre. Se queja, echa en cara a los dos mayores, «por quienes tanto me he sacrificado», las diabluras que hacen y está en pie de guerra contra su marido. Benet y Veva entienden perfectamente las palabras que la madre le dedica al padre, que pasa muy poco tiempo en casa.

—¡Vete con la carpintera! ¡Corre, desgraciado, que te estará esperando!

La carpintera es la vecina de abajo, la que deja la puerta abierta para oír lo que se dicen. El padre baja la escalera deprisa, muy deprisa. Tiene las piernas largas y fuertes y normalmente no contesta nada. Cuando ocurre esto, Benet cierra la boca y, a veces, también los puños. A menudo sale a la calle detrás de su padre, pero no lo sigue, sino que da unas vueltas por el pueblo. Se encuentra con un amigo o no, según la hora y el día. Tiene muchas ganas de ser mayor, de irse, de no tener que preocuparse de nada, solo de trabajar y dejar la ropa sucia el sábado, al volver a casa. Pero lamenta que, de un tiempo a esta parte, su hermana, en vez de enfadarse como él, lllore cada vez que hay bronca entre sus padres. Lo peor de todo es lo que les inspira la madre. Es inteligente, pero no sabe tratarlo. ¿Cómo iban a poder ellos...? Un día, después de una escena entre Benet padre y Pia, los dos hermanos prometen no casarse nunca. Se lo dicen cada uno para sí, pero se miran como si fuera un pacto ante testigos mientras se besan los pulgares cruzados.